tudioso de nuestra pintura. El libro, editado en el cómodo formato de bolsillo, a un precio fácilmente asequible, está pulcramente impreso y contiene más de doscientas reproducciones de buena calidad que contribuyen a hacer de él una excelente introducción al conocimiento de nuestra pintura.—VÍCTOR NIETO ALCAIDE.

UN HISPANISTA BELGA ESCRIBE SOBRE LARRETA (1)

A primera vista sorprende un poco la redundancia que se advierte en el título de este libro, en donde se llama a Larreta «novelista hispanoargentino». ¿Puede haber argentino a quien no se considere como hispano? Sin que lo impida la generosa afluencia de otros apellidos latinos o anglosajones, todos ellos están incorporados a la sustancia hispánica de la nación del Río de la Plata. Pero no tiene ningún sentido aclaratorio, ni establece diferencia alguna entre los argentinos la reduplicación de Jansen. Se trata de un hincapié o de una enérgica afirmación por lo que atañe a Enrique Larreta. Es —como bien explica en su prólogo Berenguer Carisomo— que «Larreta, si escritor argentino, lo es, con el mismo derecho, de España, cuyos momentos cenitales ha evocado como pocos en las páginas deslumbrantes de su novela abulense, en varios sonetos de su antológico poemario: *La calle de la Vida y de la Muerte* y en esas dos recias novelas tituladas: *Orillas del Ebro* y *El Gerardo*». Así entendida, como en realidad debe entenderse, aplaudimos la insistencia con que en este título se recalca la hispanidad de Larreta.

André Jansen, catedrático de Lengua española en el Instituto de Enseñanza Superior de Bruselas, ha tomado el estudio de Enrique Larreta como tema de su tesis, con que se doctoró en filología románica. Como profesor que es, ama la precisión y la claridad y en todo su libro reluce el orden con que, gradualmente, nos va introduciendo en el conocimiento del novelista argentino. Con excelente método empieza por ofrecernos una visión general de las tendencias o corrientes de la novela hispanoamericana en el siglo XIX y principios del XX, y en seguida otra más particular de la literatura argentina en los comienzos de nuestro siglo. Aunque de una manera compendiosa, estos dos ca-

(1) *Enrique Larreta, novelista hispanoargentino (1873 - 1961)*, por ANDRÉ JANSEN (prólogo de ARTURO BERENGUER CARISOMO). *Ediciones Cultura Hispánica.*

pítulos logran el fin que se pretende, que es situar en su ambiente y circunstancias la figura cuyo estudio le interesa. Sólo entonces nos presenta al autor sobre el cual versa la tesis y el primer rasgo que dibuja de él, como línea maestra de su retrato, es la frase inicial: «La obra entera de Enrique Rodríguez Larreta está impregnada de un profundo amor a España.» El profesor nos ha explicado ya el sobrenombre de «hispanoargentino» que al principio nos sonaba como una repetición inútil. Dentro de la natural afección que todos los humanos tienen a su estirpe y raíz, la atracción de Larreta hacia España no fue común, sino extraordinaria. Esto no impide, como Jansen nos explicará más adelante, que en el estilo y en los recursos artísticos se note un influjo francés muy señalado en el autor de *La gloria de don Ramiro.* Si en el lenguaje y en los temas de sus novelas se mostró siempre Larreta aficionadísimo a lo español, un espíritu tan amplio como el suyo no podía rehusar la modernidad y la elegancia admirable con que el ingenio francés lo reviste todo en sus buenos autores. «Azorín» señaló especialmente su parentesco con dos de ellos: «No ha sido en vano que al hablar de Larreta citemos a Barrés y a Chateaubriand: existe en Larreta un lirismo que participa de los dos grandes escritores.»

A continuación el profesor belga analiza sus cuatro novelas que en distintas épocas de su vida van señalando también su propia evolución espiritual, porque en cada una de ellas aparece como más compenetrado con su personaje: *La gloria de don Ramiro,* publicada en 1908, cuando Larreta tenía treinta y cinco años; *Zogoibi,* en 1926; *Orillas del Ebro,* en 1949, y, finalmente, a los ochenta años de edad, y como un nuevo Sófocles que demuestra en su vejez el vigor de entendimiento necesario para crear su *Edipo en Colono,* publica *El Gerardo* que lleva como subtítulo *La Torre de las Damas.*

Pero el doctor Jansen no sigue exactamente el mismo método en el estudio de las cuatro novelas, porque en cada una de ellas señorea un rasgo o una cualidad diferente. En *La gloria de don Ramiro* predomina, según Jansen, la evocación y aun la precisión histórica. Ya veremos y razonaremos nuestro disentimiento del egregio profesor, porque la interpretación larretiana de Avila y del Siglo de Oro español nos parece ciertamente poética, pero libérrima y divergente de la Historia. *Zogoibi,* obra de su madurez, invita a detenerse en una sobresaliente cualidad de Larreta como es su finísima sensibilidad y su poder para percibir y reflejar las impresiones e imágenes sensoriales de la vista, el oído y el olfato. El novelista argentino se nos muestra aquí enamorado de su tierra, imitando el vocabulario de los vaqueros de la Pampa, aunque un poco desde lejos y —como dice bien Jansen— no como gaucho, sino como estanciero poeta. En *Orillas del Ebro* vuelve a ser España el es-

cenario favorito de su imaginada trama y la dualidad o la antítesis que tanto seduce al novelista ahora se establece entre la corte y la aldea, o entre la España austera del Norte y el alegre desenfado del Mediodía; lo mismo que en *La gloria de don Ramiro* se estableció entre Oriente y Occidente, islamismo y cristianismo, y en *Zogoibi* se resaltó el contraste entre Argentina y Europa.

Finalmente *El Gerardo* es un novela psicológica y profunda, obra de su senectud, en la que intuye Jansen una mayor identificación del autor con su personaje. Especialmente el profesor de Bruselas anota la evolución religiosa que —como se señalan en una curva las alteraciones que experimenta una máquina electrónica— se transmite desde el alma de Larreta a las ideas y sentimientos que atribuye a su protagonista. Gerardo o Larreta, protagonista fingido o autor personal y viviente, pasan de un «cristianismo torturado» hacia «una especie de panteísmo laico». Jansen, que tan atenta y afectuosamente ha estudiado la obra de Larreta, descubre una «simpatía del autor por el desenlace de *El Gerardo*». El deseo final del protagonista de la novela es durar como los huesos de animales fósiles y milenarios. Este es su «yo mineral, su yo definitivo, indestructible». Esta es la única forma para él de durar en la eternidad, no sabemos si para sobrevivir o para aniquilarse. Y, según Jansen: «En *El Gerardo* el análisis está hasta tal punto logrado que se adivina una identidad de visión casi completa entre el autor y su personaje.»

No se contenta el catedrático de Lengua española en Bruselas con un examen tan minucioso de los argumentos, caracteres y escenarios de las cuatro novelas de Larreta, así como de la significación y filosofía que influye en cada una de ellas. Su aquilatado conocimiento de la lengua española se luce en el capítulo VIII, en que diserta sobre los arcaísmos de *La gloria de don Ramiro* y el vocabulario gaucho de *Zogoibi*. Aunque demuestra —con muy sólidas razones y con citas que manifiestan su ciencia filológica— que los arcaísmos empleados eran propios de la época, no se puede negar que, en conjunto, las expresiones, los giros y el movimiento todo del lenguaje son del siglo XX. Esto no representa, sin embargo, censura alguna contra Larreta como ingenuamente han pretendido algunos detractores del novelista argentino. ¿Pretendía el gran escritor reconstruir fielmente la prosa o el diálogo del siglo XVI? Hubiera sido una tarea tan ingente como inútil. Sólo buscaba y lo consiguió, una evocación poética y suficientemente apropiada de aquel habla grave y rotunda, pero poco sutil para transmitir los sentimientos del hombre moderno. De ahí esa mezcla de palabras desusadas y arcaicas, con la metáfora, enteramente moderna, de que el *oscuro perfume* de un jardín por la noche es el aliento de la amada y

de que sus pupilas quieren arrancar a las estrellas los secretos que saben de los enamorados.

Pero estas consideraciones sobre el lenguaje imitado del siglo XVI, con menos fidelidad que poesía, nos llevan de la mano para discutir la apreciación de Jansen sobre el valor histórico de *La gloria de don Ramiro*. Disintiendo en esto del ilustre autor, yo creo que el ambiente de Avila en el siglo XVI es aquí una pura ensoñación del novelista argentino que sobre aquel escenario de piedra medieval desplegó las alas de su fantasía y derramó sus propios sentimientos, filosofías y errores, construyendo con elementos en parte verídicos una arquitectura irreal. En esto damos la razón a Martín Aldao, severo censor de Larreta, para quien *La gloria de don Ramiro* es la obra de un «enemigo del cristianismo»; aunque mitigándola un poco. No de un enemigo, sino de un observador lejano, para quien era un enigma el espíritu que animaba a un pueblo de intacta fe y cuyos defectos solían ser los que espontáneamente produce la naturaleza humana. Pero la interpretación de Larreta es tan convencional en el ambiente de la época como en el lenguaje artificialmente arcaico.

Jansen, que ha saboreado amorosamente el estilo del escritor argentino y se ha deleitado con razón en los primores de su descripción impresionista, no es un ciego admirador que desconozca sus defectos. En varias páginas el erudito filólogo comprueba algunas citas en lengua árabe, que el novelista hispanoargentino introduce en su relato para darle mayor impresión de verosimilitud. Seriamente estudiadas algunas de estas citas, dan traducciones que Jansen con cortesía califica de «poco verosímiles» y le llevan a la conclusión de que el autor ignoraba su significación y las añadió «con cierta ligereza» para colorear su relato y darle viveza impresionante. Pero en esto como en los arcaísmos Larreta es disculpable si se le juzga no como historiador o filólogo, sino como poeta: *Pictoribus atque poetis quidlibet audendi semper fuit aequa potestas — scimus et hanc veniam petimusque damusque vicissim.* (Siempre los pintores y poetas tuvieron amplia licencia en sus atrevimientos. Lo sabemos y a un tiempo se la otorgamos y para nosotros la pedimos.)

En cambio nos parece demasiado riguroso Jansen cuando reprende a Enrique Larreta porque «algunas escenas audaces rozan la obscenidad», y para demostrarlo cita la del columpio: «El viento levantaba su faldellín de un modo inolvidable.» No puedo juzgar si en 1908, cuando apareció *La gloria de don Ramiro,* resultaría obsceno eso del faldellín. Pero lo que es ahora y sesenta años después... Otras, en cambio, como el baile de Aixa y las contorsiones del morisco a las que alude Jansen en la página 265 de su estudio, sí pudieran llamarse obscenas, aunque

Larreta sólo las insinúa fugazmente y, en general, más que obscenidad, lo que se nota en él es una pulcritud y refinada malicia semejantes a las que distinguen al andaluz Juan Valera.

La traducción de Fernando Murillo es muy correcta y ajustada y los vocablos franceses están vertidos castizamente al castellano. En la construcción y en los giros se transparenta con frecuencia el original francés y no siempre se vence la dificultad que hay de trasladarlos de una lengua a otra de tan aparente parecido y de tan íntimas y profundas diferencias. El pensamiento de Jansen aparece lúcido y fielmente interpretado y se nota que el traductor en su tarea no sólo ha conseguido una perfecta inteligencia de André Jansen, sino también una penetración en las obras del mismo Larreta, cuyo conocimiento le ha valido para dar más animación y matizar con arte su versión.

No hemos dicho todo sobre la obra de Jansen con lo anteriormente señalado; hay muchas observaciones agudas del profesor belga que pudieran comentarse, como la discusión sobre las semejanzas y desemejanzas entre *El Gerardo* y el *Don Juan* clásico, en el que el autor, sin ningún alarde erudito pero con mucha exactitud y claridad, va examinando las diversas interpretaciones y variantes del personaje que ideó Tirso de Molina.

Avalora este libro un prólogo de Berenguer Carisomo que nos hace la presentación del libro y la del autor, André Jansen, con quien le une la amistad personal y la común admiración al novelista hispanoargentino. Berenguer es también autor de otro estudio sobre Larreta y en su estilo y su lenguaje se nota que ha heredado —sellándolos con su propia personalidad— la elegancia y perfección del poeta que escribió *La calle de la Vida y de la Muerte.*

La obra de André Jansen, además de ser un exponente muy elevado de los estudios hispánicos en Bélgica, es también un valioso acarreo para el conocimiento de la historia literaria en la América española. Berenguer Carisomo entiende que la devoción hispánica de Jansen se debe a que en tierras de Flandes «queda latente, como recuerdo de emoción pretérita, una suerte de soterrada hispanidad». Así debe ser y así se trasluce en el calor y simpatía con que generalmente están tratadas en la obra de Jansen no solamente la obra y la persona de Enrique Larreta, sino todo lo que se refiere a sus relaciones con España.—JAIME DE ECHÁNOVE GUZMÁN.